



Celebran encuentro sacerdotal en Cabo Rojo

P. Rogelio Mur, O. Carm.

Para El Visitante

Es casi tradición que los sacerdotes que ejercen el ministerio en las diócesis de Arecibo y Mayagüez celebren un día de convivencia fraterna. El clero de Ponce también se está uniendo a estas actividades. Por ello, el jueves 16 de junio, en el poblado Boquerón de Cabo Rojo, vivimos una maravillosa experiencia.

Desde las ocho y treinta de la mañana llegamos al lugar al que habíamos sido convocados. Con los saludos de circunstancia y conforme el número de presentes era mayor, lógicamente, el ambiente tenía un clima de más alegría y comunicación.

Sobre las diez y con la presencia de los señores obispos de Arecibo, Ponce y Mayagüez, nos hicimos presentes en la capilla San José. Allí celebramos una Hora Santa con exposición del Santísimo, cantos, rezo de

la Hora de Tercia y una profunda reflexión, dirigida por Monseñor Félix Lázaro, obispo de Ponce. Además, meditación personal y bendición con el Santísimo.

Concluido el acto litúrgico, en la misma puerta de la capilla, nos esperaban dos guaguas que nos trasladaron a "Las Salinas" y al "Faro" de Cabo Rojo. En cada guagua nos acompañaba un guía turístico de la ciudad. Aunque no pudimos llegar hasta la estructura misma del Faro valió la pena haber ido hasta allí. Pudimos conocer las características de la zona en la que se producen grandes cantidades de sal y el proceso que en ello se sigue. Nos resultó sumamente interesante conocer el valor de esta "Reserva de Fauna y Flora Natural" y ver el comportamiento de las aves migratorias.

Con la brisa del mar, el ejercicio que hi-



Monseñor Ulises Casiano da la bendición con el Santísimo Sacramento (Fotos Ricardo Rivera).

y sus excusas por no poder estar con nosotros ese día. Monseñor Broglio tuvo la delicadeza de hacernos llegar una reflexión sobre "La Eucaristía y el Sacerdote". Se entregó copia de la misma a todos en la actividad. También se repartió a cada uno un recuerdo de la jornada, obra de artesanos caborrojeños. Se sortearon otros regalos para la alegría de todos, especialmente de los agraciados.

Monseñor Iñaki Mallona exteriorizó su satisfacción por haber participado con nosotros. En su intervención, nos estimuló a ser cada vez más entusiastas de la actividad y recalcó el encuentro del clero de Arecibo con Ponce para el 5 de septiembre. La actividad del 2006 será del clero de las tres diócesis.

Con nuestro agradecimiento a todos los que laboraron en la preparación de la actividad y con la bendición de los señores obispos terminó este día, que deja tan buen sabor en todos los participantes.

timos y la hora que se alejaba bastante del medio día, el apetito exteriorizado por no pocos nos pedía llegar al lugar del almuerzo ya preparado, del que dimos buena cuenta.

La comunicación interpersonal, el diálogo y la alegría continuaron entre los presentes. Monseñor Ulises Casiano, como anfitrión del encuentro, agradeció a los asistentes su participación y motivó a todos a fortalecer esta práctica de encuentros.

Además, presentó el saludo del Delegado Apostólico, Monseñor Timothy Broglio,



Padre Iñigo, Monseñor Ulises Casiano y Padre Orlando desde la Torre Vigía en Cabo Rojo.



Sacerdotes comparten un desayuno de bienvenida a la actividad

Encuentro Clero Mayagüez y Ponce

Monseñor Félix Lázaro, Sch. P.

Obispo de Ponce

En el pasado mes de abril tuvimos la oportunidad de vivir dos acontecimientos eclesiales que dejaron huella profunda en la cristiandad y en el mundo entero.

Uno fue la muerte de Juan Pablo II, que tuvo un clamor mundial nunca antes visto, pero, sobre todo, tuvo carácter testimonial de un Papa entregado totalmente a proclamar el evangelio de Jesucristo en el mundo de hoy y de entrega en manos de la voluntad de Dios en la enfermedad y en la muerte.

Fue algo que conmovió, que revivió la Iglesia, que despertó la fe de los creyentes. Fue como un hábito del Espíritu renovador que soplaba con fuerza sobre todos nosotros.

El segundo acontecimiento, estrechamente vinculado con el anterior, lo constituyó la elección del Papa Benedicto XVI que, como el nombre indica, es augurio de bendición y de paz.

Quisiera hacerme portavoz, al ser invitado por Monseñor Ulises para dirigirme a los dos cleros hermanados de Mayagüez y Ponce, del mensaje sacerdotal de los sucesores de Pedro. Tan recientes como la Carta del Jueves Santo a los sacerdotes, del 14 marzo, (enviada con anterioridad a su muerte) del Papa Juan Pablo II, y la homilía, más reciente, del 13 de mayo, del Papa Benedicto XVI, a los Párrocos de Roma.

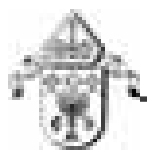
Tanto la exhortación de Juan Pablo II como



Monseñor Félix Lázaro en su homilía Sacerdote y Eucaristía.

la de Benedicto XVI son una prolongación de la invitación de Cristo a los suyos, a sus Apóstoles: "Permaneced en mi amor... vosotros sois mis amigos". Permaneced en mi amor, es decir, en sintonía con mis sentimientos, de corazón a corazón, o como diría San Pablo "Tened los mismos sentimientos que Cristo" (Fil. 2,5)

Quizás sea bueno recordar que la Carta del Jueves Santo a los sacerdotes la escribió Juan Pablo II desde el Policlínico Gemelli de Roma, en el contexto del Año de la Eucaristía. El hecho de que haya querido firmarla desde el lecho del dolor, representa ya uno de sus más significativos mensajes. El Papa, "enfermo entre los enfermos, uniendo en la Eucaristía mi sufrimiento al de Cristo", ofrece el testimonio de una de las dimensiones fundamentales y más fecundas de la consagración y del ministerio sacerdotal: el seguimiento de



la cruz, la existencia crucificada, la asociación a la redención de Jesucristo. En épocas como la presente, donde priman las eficiencias, los marketing, el culto a la buena imagen y a la forma física y exterior, Juan Pablo II muestra a los sacerdotes, a todos los cristianos y a todas las personas de buena voluntad, el camino que Jesucristo, el Sumo, Único y Eterno Sacerdote, escogió para salvarnos: el camino de la cruz, prenda de resurrección.

A veces puede suceder y sucede, que



Monseñor Félix Lázaro parte el pastel conmemorativo del quinto encuentro.

los sacerdotes y los cristianos olvidamos el camino de la cruz, hablando simplemente de la muerte y resurrección, sin mencionar que la muerte es el final de un recorrido largo y penoso: el camino de la cruz.

El Papa viene precisamente, a recordarnos que el sacerdote, todo sacerdote, evangeliza singularmente viviendo el misterio de la cruz. Que un sacerdote aquejado por la enfermedad, la prueba y el dolor, si ofrecidos por amor y unidos a la cruz de Cristo, es semillero de gracia, de consuelo y de esperanza.

Tras este aperitivo que podemos llamar de testimonio personal, el Papa desarrolla y desglosa siete aspectos de la espiritualidad o existencia sacerdotal y del ejercicio de su ministerio. Son como siete trazos, rasgos, siete expresiones, siete pautas de vida, que dibujan el retrato de la "existencia sacerdotal eucarística", la única vida sacerdotal posible.

La existencia sacerdotal está llamada a ser, enumera el Papa: 1) existencia agradecida; 2) existencia entregada; 3) existencia salvada para salvar; 4) existencia que recuerda; 5) existencia consagrada; 6) existencia orientada a Cristo, y 7) existencia eucarística, aprendida de María. El sacerdote agradecido, entregado, salvado y salvador, consciente de ser recuerdo y memoria, orientado a Jesucristo y discípulo de María, es el sacerdote que la Iglesia y el mundo necesitan.

Esta nuestra existencia, profundamente relacionada con Cristo se aprende, por medio de una experiencia vivida de fe. "Estar ante Jesús Eucaristía, aprovechar, en cierto sentido, nuestras soledades para llenarlas de esta Presencia, significa dar a nuestra consagración todo el calor de la intimidad con Cristo, el cual llena de gozo y sentido nuestra vida".

Un breve resumen de cada uno de los rasgos, a continuación:

1) Existencia agradecida

Tibi gratias agens, benedixit...

El agradecimiento es la actitud que está en la base del nombre mismo de Eucaristía.

En la Eucaristía Jesús da gracias al Padre con nosotros y por nosotros. Esta acción de gracias de Jesús, ¿cómo no ha de plasmar la vida del sacerdote?

2) Existencia entregada

Accipite et manducate... accipite et bibite...

La autodonación de Cristo alcanza su expresión más alta en el sacrificio de la cruz, anticipado sacramentalmente en la Última Cena. No se pueden repetir estas palabras sin que el sacerdote de alguna manera aprenda a decir de sí mismo: "tomad y comed", poniéndose a disposición de la comunidad y al servicio de los necesitados. Es lo que el pueblo de Dios espera del sacerdote.

3) Existencia salvada para salvar

Hoc est enim corpus meum quod pro vobis tradetur...

Cristo se ha entregado para la salvación de todos los hombres. Nosotros, sacerdotes, nos convertimos en anunciadores privilegiados de este misterio de salvación. Sólo viviendo como salvados, podemos ser anunciadores creíbles de la salvación.

4) Existencia que recuerda.

Hoc facite in meam commemorationem...

Para los cristianos la Eucaristía es el "memorial" que actualiza sacramentalmente la muerte y resurrección del Señor. La Eucaristía no recuerda un simple hecho; recuerda a Él. Para el sacerdote, repetir cada día, in persona Christi, las palabras del "memorial" es una invitación a desarrollar una "espiritualidad de la memoria". El sacerdote está llamado a ser, en la comunidad que se le ha confiado, el hombre del recuerdo fiel de Cristo y de todo su misterio.

5) Existencia consagrada.

Mysterium fidei...

Sobre el altar está presente verdadera, real, substancialmente, Cristo muerto y resucitado en toda su humanidad y divinidad. Nosotros, los sacerdotes, somos los celebrantes, pero también los custodios de este sacrosanto misterio. De esta nuestra relación con la Eucaristía se desprende también, en su sentido más exigente, la condición "sagrada" de nuestra vida.

6) Existencia orientada a Cristo

Mortem tuam annuntiamus, Domine, et tuam resurrectionem confitemur, donec venias...

Cada vez que celebramos la Eucaristía, la memoria de Cristo en su misterio pascual se convierte en deseo del encuentro pleno y definitivo con Él. Un sacerdote "conquistado" por Cristo, "conquista" más fácilmente a otros para que se decidan a compartir la misma aventura.

7) Existencia "eucarística" aprendida de María

María es la gran maestra, la "Mujer eucarística" ¿Quién puede hacernos gustar la grandeza del misterio eucarístico mejor que María? Nadie como Ella puede enseñarnos con qué fervor se han de celebrar los santos misterios y cómo debemos estar en compañía de su Hijo escondido bajo las especies eucarísticas.

El secreto o la clave de la vida sacerdotal

Juan Pablo II la pone en el amor apasionado por Cristo, que lleva al sacerdote al anuncio apasionado de Cristo. Su secreto radical es la "pasión" que tiene por Cristo.

Hermanos sacerdotes, qué hermoso legado de Juan Pablo II. Os invito a reflexionar sobre estos siete rasgos que conforman la existencia sacerdotal y a apasionaros por Cristo. El sacerdote reencuentra y vive profundamente su identidad, cuando se decide a no anteponer nada al amor de Cristo y a hacer de Él el centro de la propia vida.

Escuchad estas palabras de Benedicto XVI, en completa sintonía con lo que acabamos de decir: Estamos llamados a "volver continuamente a la raíz de nuestro sacerdocio. Esta raíz como sabéis muy bien, es una sola: Jesucristo nuestro Señor" (13 de mayo).

Esto equivale a entrar en su amistad, a no prescindir de Él, no dudar de su amor. "El Señor nos llama amigos, nos hace sus amigos, se confía a nosotros, nos confía su cuerpo en la Eucaristía, nos confía su Iglesia. Consecuentemente debemos ser de verdad sus amigos, tener con Él un solo sentir, querer lo que Él quiere, y no querer lo que Él no quiere. Jesús mismo lo dice: 'vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que os mando'" (13 mayo).

Si todos los fieles están llamados a ser, especialmente lo están los sacerdotes: "Almas enamoradas de Él, capaces de estar largo tiempo como escuchando su voz y sintiendo los latidos de su corazón" (Mane, nobiscum, Domine, 18). Nos haría mucho bien "dialogar reposadamente con Jesús Eucaristía" (n. 30).

El Papa Benedicto XVI invita a los sacerdotes a encontrar esta intimidad con Cristo

para amar a la Iglesia como Él, y vivir con Él la comunión de Iglesia. Nuestra comunión eclesial nace del amor a Cristo y a su Iglesia. Amor que sólo se puede aprender con el mismo Cristo, presente en la Eucaristía.

Cuando vivimos esta comunión eclesial, "un solo cuerpo", en relación con Cristo Eucaristía, "un solo pan", entonces nuestra vida sacerdotal navega a velas desplegadas. La comunión con el propio Obispo forma parte de esta misma vivencia eucarística y sacerdotal, para construir la fraternidad sacerdotal en el Presbiterio.

Concluyo con estas hermosas palabras de Benedicto XVI pronunciadas el 24 de abril, en la homilía de la misa de inauguración de su Pontificado:

"Quien deja entrar a Cristo en su vida no pierde nada, absolutamente nada, de lo que hace la vida libre, bella y grande. Sólo con esta amistad se abren las puertas de la vida. Sólo con esta amistad se abren realmente las grandes potencialidades de la condición humana. Sólo con esta amistad experimentamos lo que es bello y lo que nos libera. Él no quita nada y lo da todo".

Verdaderamente no hay nada más hermoso que haberse dejado sorprender por Cristo. Viviendo fielmente en comunión con el carisma y ministerio petrino, se redescubre esta realidad de nuestra vocación pastoral como fuente de gozo pascual de Cristo en nosotros y en los demás. "Nada más bello que conocerle y comunicar a los otros la amistad con él. La tarea del pastor, del pescador de hombres, puede parecer a veces gravosa. Pero es gozosa y grande, porque en definitiva es un



Sacerdotes reciben una orientación sobre las Salinas de Cabo Rojo.

como "prioridad pastoral": "El tiempo de estar en la presencia de Dios es una verdadera prioridad pastoral, que es, en último término, la más importante".

Cada día estoy más convencido de que tenemos necesidad de pasar más tiempo a los pies de Jesús Sacramentado. Nos urgen las prisas, estamos llenos de pretextos, damos más importancia a los medios que al fin, pero convengámonos de que nuestro sacerdocio será más eficaz y más fecundo si somos más adoradores. Y hasta me atrevería a decir que surgirán más vocaciones sacerdotales, si las sembramos en el semillero de la adoración.

Este año 2004-2005 es una fuerte invitación a entrar en los sentimientos de Cristo,

servicio a la alegría, a la alegría de Dios que quiere hacer su entrada en el mundo".

Esta vida eucarística, sacerdotal en la comunión de Iglesia, "se aprende viviendo en Cenáculo "con María la Madre de Jesús". Entonces se imita de ella su sintonía de sentimientos con el Corazón Sacerdotal de Cristo, porque ella es nuestra Madre por el hecho de ser "Madre del Único y Sumo Sacerdote". Precisamente de nuestra unión con Cristo y con la Virgen se alimenta aquella serenidad y aquella confianza de la que todos sentimos necesidad, tanto en el trabajo apostólico como en nuestra existencia sacerdotal" (13 de mayo).